

SIMON CRITCHLEY

EN QUÉ PENSAMOS CUANDO PENSAMOS EN FÚTBOL

TRADUCCIÓN DE MILO J. KRMPOTIĆ

sexto: **re**realidades



SOCIALISMO

¿En qué pensamos cuando pensamos en fútbol? El fútbol tiene que ver con tantas cuestiones, y estas cuestiones resultan a la vez tan complejas, contradictorias y conflictivas...: la memoria, la historia, el territorio, la clase social, el género en toda su problemática de variantes (especialmente la masculinidad, pero también cada vez más la feminidad), la identidad familiar, la identidad tribal, la identidad nacional, la naturaleza grupal —tanto en lo que respecta a los grupos de jugadores como a los grupos de seguidores— y la relación, a menudo violenta pero en ocasiones pacífica y discretamente admirativa, que se establece entre nuestro propio grupo y otros grupos.

El fútbol, evidentemente, es un juego de estrategia. Requiere disciplina y requiere de un entrenamiento constante a fin de que los jugadores se mantengan en un buen estado físico, pero —lo que resulta más importante aún— también para que el equipo alcance y mantenga una estructura. Ese equipo es una cuadrícula, una figuración dinámica, una matriz de nodulos en movimiento, en cambio constante, pero que a la vez se esfuerzan por perpetuarse en un mismo estado, por retener su forma. Cada equipo es una estructura móvil y cambiante que se ve enfrentada a otra estructura, la del equipo rival. El propósito de la estructura de un equipo —más allá de la posesión, más allá de que se realice un juego ofensivo o defensivo— consiste en ocupar y controlar el espacio. La manera en que un equipo controla el espacio presenta una analogía evidente con lo que representaría el control policial o la militarización de ese espacio, tanto en términos de ataque como de retirada, de ocupación como de asedio. Un equipo de fútbol debería organizarse al modo de un pequeño ejército: una fuerza compacta,

unificada, móvil y cualificada bajo una cadena de mando clara. Como muchos han comentado antes, el fútbol es la continuación de la guerra por otros medios, pero los medios del fútbol son claramente belicosos: tienen que ver con la victoria (y, a veces, con una derrota heroica).¹

Tal y como dijo Bill Shankly —mi héroe de infancia y el legendario entrenador del Liverpool Football Club entre los años 1959 y 1974—, el fútbol es un juego sencillo: se trata de controlar el balón y de pasarlo, controlarlo y pasarlo, una y otra vez. Cuando el control y el pase se combinan con el movimiento y la velocidad, en un contexto donde, tras cada pase, el jugador con el balón disponga de dos o tres opciones para un nuevo pase, al final el equipo al que pertenece acabará marcando. Y el equipo que marque más goles ganará. Es tan fácil como eso.

A diferencia de otros deportes como el golf y el tenis, o incluso como el béisbol, el críquet y el baloncesto, el fútbol no se basa en las individualidades. Aunque no quepa duda de que cuenta con un régimen de estrellato basado en la fama, donde ciertos jugadores reclaman y cultivan sumas cada vez mayores de autonomía financiera, el fútbol no tiene que ver con la consideración de los jugadores uno por uno, por muy dotados que éstos estén. El fútbol tiene que ver con el equipo. Es esencialmente colaborativo. Se basa en el movimiento entre unos elementos que juegan en conjunto, que juegan con y para cada uno de ellos, y que conforman la red móvil y espacial del equipo. Ahora bien, un equipo puede estar compuesto por jugadores de auténtico talento, como es el caso del Barcelona, o por individuos menos dotados que funcionan juntos como un grupo cohesionado, como una unidad efectiva en su autoorganización donde cada miembro conoce a la perfección el papel que debe desempeñar en la constitución general del colectivo. Pienso en equipos como el del Leicester City de la Premier League inglesa durante la temporada 2015-16 (que realmente le devolvió el fútbol a los hinchas), el de Costa Rica durante el Mundial de 2014 o el de Islandia durante el Europeo



de 2016. En los equipos de esas características, el todo es claramente superior a la suma de las partes.

No fue ningún accidente que, en su intento por reflexionar acerca de la naturaleza organizativa, Jean-Paul Sartre se fijara en el fútbol.² La acción o actividad libre —aquello que Sartre denomina *praxis*— del jugador individual se subordina al equipo, se integra en él a la vez que lo trasciende, de modo que la acción colectiva del grupo ampara el refinamiento de la acción individual a través de su inmersión en la estructura organizativa del equipo. En todo equipo organizado se establece una dialéctica ininterrumpida entre la actividad colectiva y asociativa del grupo y las acciones individuales de apoyo que florecen entre unos jugadores cuya existencia se administra únicamente a través del grupo. Lo que atrae una y otra vez la atención de Sartre es el modo en que la estructura moldea las relaciones entre la acción individual y la colectiva dentro de esa forma dinámica y en cambio constante que es el equipo de fútbol. Los movimientos individuales de cada jugador se encuentran predeterminados por su función —ser un buen portero, ser un central decente, ser un medio de contención correcto o lo que sea—, pero esas funciones individuales hallan altura y trascendencia en la práctica creativa y colaborativa del equipo que juega bien como conjunto. Cuando un equipo no juega bien como conjunto, la acción colectiva se colapsa en sus partes individuales y atomizadas, y todo se viene abajo. Los jugadores se echan la culpa los unos a los otros, y los hinchas la toman con los jugadores individualmente. Ésta es una estructura deficiente en todos los sentidos.

La naturaleza esencialmente colaborativa del fútbol abarca también los patrones de sociabilidad que se establecen entre los jugadores, así como el contraste entre el equipo cuyos miembros juegan los unos para los otros y el equipo donde cada miembro juega para sí mismo —la dialéctica que se establecería entre Lionel Messi y Cristiano Ronaldo, si se quiere—. Para que nos entendamos, me refiero a la sociabilidad *formal* del equipo como unidad funcional, como cuadrícula efectiva

en su interactividad. Si un equipo juega bien en el campo, es posible que sus miembros se lleven bastante bien fuera del mismo. Pero no resulta imprescindible. Aparentemente, algunos de los jugadores de la selección francesa campeona del mundo en 1998 no se dirigían la palabra fuera del estadio y, al parecer, el gran Eric Cantona tampoco era tan sociable cuando él solito definió el estilo con el que el Manchester United dominaría la Premier League inglesa durante la década de los noventa. Además, dado el creciente multilingüismo y la variedad cultural que caracterizan la extracción de los jugadores (por no hablar de la increíble juventud de muchos de ellos), me pregunto de qué hablarán y qué tendrán verdaderamente en común. Lo que de veras importa es el formalismo del lenguaje futbolístico común a todos ellos, el que hablan cuando juegan juntos.

Estos patrones de sociabilidad encuentran tanto una resonancia como una fuente de energía en la vida colectiva de los hinchas (y son los hinchas quienes en realidad me interesan, pero ya volveremos sobre este tema). La sociabilidad se extiende hasta el nombre mismo del deporte sobre el que estamos hablando: Fútbol Asociado, que en Estados Unidos abreviaron en la forma de *soccer*, aunque en el Reino Unido el fútbol se denominara comúnmente *soccer* hasta la década de los 1970, cuando el término pasó a ser malinterpretado como un americanismo. El fútbol es el movimiento del *socius*, la libre asociación de los seres humanos, tal y como dijo Marx en *El capital* (aunque, lamentablemente, no se refiriera con ello al fútbol).³ La razón por la que el fútbol resulta tan importante para tantos de nosotros apunta precisamente a la experiencia asociativa que constituye su núcleo, y al vívido sentido de comunidad que proporciona. Forzando un poco la cosa y reconociendo que me la juego con esta comparación, podríamos decir que la forma política más apropiada para el fútbol es la del *socialismo*. La libertad no es algo que se experimente alejado de los demás, sino que es resultado únicamente de la asociación, donde el acto colectivo integra a la vez que realiza



la acción individual. Por citar de nuevo a Bill Shankly —aunque también expresaron sentimientos similares Sócrates, leyenda del fútbol brasileño; Paul Breitner, integrante marxista de la selección de la República Federal de Alemania que ganó la Copa del Mundo de 1974; o Javier Zanetti, excapitán del combinado argentino—: «El socialismo en el que creo no tiene que ver con la política. Es una forma de vida. Es una forma de ser humano. Considero que la única manera de vivir y de alcanzar un éxito verdadero es a través del esfuerzo colectivo, donde todos trabajan para el resto, donde todos se ayudan entre sí y donde, al final del día, todos disfrutan de su parte de la recompensa». Brian Clough, una presencia habitual entre los piquetes de la huelga minera que tuvo lugar en Inglaterra durante los años ochenta, dijo lo siguiente: «Para mí, el socialismo surge del corazón. No veo por qué ciertos sectores de la comunidad deberían tener la franquicia del champán y las mansiones». Y, como señaló Barney Ronay: «La mayor parte de los clubs de la Premiership tienen sus raíces en la iglesia o en el pub de la localidad... Son una refutación viviente a la noción thatcherista de que no existe algo así como una sociedad».⁴

Por supuesto, estos sentimientos tan socialistas parecen ridículos —o, de hecho, positivamente risibles— si pensamos en el sumidero de corrupción autocrática que es la FIFA, el órgano que controla el fútbol desde la comodidad burguesa de su sede de Zúrich. Pero ese sentimentalismo también parece cómico a causa de la masiva y cada vez mayor influencia del dinero en el fútbol, donde los jugadores son alentados —o, en muchos casos, obligados— por la codicia de sus agentes a actuar como mercenarios; donde los clubs se convierten en juguetes de los millonarios y de los poderosos, y donde la devoción de los hinchas se ve vorazmente monetizada y su lealtad se da por sentada en todas las situaciones que quepa concebir. Y aquí radica, posiblemente, la contradicción más básica y profunda del fútbol: en la forma es asociación, socialismo, sociabilidad y acción colectiva, tanto por parte de los jugadores como de los hinchas, pero su sustrato material es el

dinero, un dinero sucio, a menudo procedente de fuentes altamente cuestionables e infraexaminadas. El fútbol está completamente mercantilizado, saturado por los mecenas y por la cultura de marca más estúpida y vulgar (véanse los interminables anuncios de la Champions League —Heineken en Estados Unidos, Gazprom en Rusia, etcétera— y la omnipresencia de los patrocinadores del Mundial de la FIFA, como McDonalds o Budweiser). Se trata de un espectáculo vendido al mercado y a veces insoportable, propio del período del capitalismo (tardío, realmente tardío, de última hora o, incluso, del fin del mundo) al que estamos intentando sobrevivir ahora mismo. Puede ser algo horroroso. Y, aun así, insisto en que el fútbol no es sólo eso, sino mucho más. Por citar de nuevo a Cruyff: «¿Por qué razón no se podría ganar a un club más rico? Jamás he visto a una saca de dinero marcando un gol». Quizá aquello que nos une, como espectadores y amantes de este juego, sea la verdad y la falsedad que se presentan de manera simultánea en esas palabras del holandés.

Por un lado, hace falta una crítica enérgica y rigurosa de la estructura corporativa, transnacional y corrupta del fútbol. Esto se podría lograr a través de un análisis marxista de los flujos de capital y de la iniquidad que existe en la propiedad de los medios de producción balompédicos, o a través de un análisis de las relaciones de poder en el fútbol que siguiera el espíritu de alguien como Michel Foucault. Esa crítica no debería rehuir la conexión intrínseca que hay entre fútbol y violencia, entre fútbol y guerra, entre fútbol y colonialismo, entre fútbol y racismo, y entre el fútbol y las formas más retrógradas y atávicas del nacionalismo (como demuestran los feos encontronazos entre hinchas ingleses y rusos que se produjeron durante la Eurocopa de Francia de 2016, aunque los ejemplos son legión). Dicha crítica es del todo urgente, en especial dada la muy deprimente perspectiva que ofrecen los dos próximos Mundiales, el de Rusia 2018 y el de Catar 2022, cuyas designaciones fueron claramente resultado de la corrupción sistémica que existe en la FIFA.